

Volumen XXIV Octubre 1.º de 1929 Número 239

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXIX

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Octubre 1.º de 1929

Por aquí pasó un Maestro

(PARÉNTESIS A UNA CARTA)

Ahora que es muy frecuente dispensar el título de maestro, y casi tan común apellidar maestros a sujetos de algún valer, como se le llama doctor al menos indocto, se hace más difícil señalar un verdadero maestro.

Porque la desconfianza de las gentes puede atribuir a la incauta generosidad, y aun a secretas miras del dador, el origen de un calificativo que requiere muy notorios merecimientos.

No me arredra, sin embargo, anteponerle a conciencia y sin rebozo, el trajinado apelativo a don José María Villegas, hijo bueno de la señorial Guadalajara de Buga, donde hace diez años fundó, ha sostenido y seguirá sosteniendo—Dios con su ayuda—un colegio que en varios aspectos parece bastante cercano al ideal de Colegio.

Sin ruido, sin anuncios, como ave curiosa que, dejando la llanura, viniese a plegar sus alas en la primer colina, y avizorase desde allí el horizonte, para volver de nuevo al nido, vino el Maestro Villegas a Bogotá, se demoró en ella cerca de un mes y hace

CONTENIDO

<i>Por aquí pasó un Maestro</i>	A. ROMERO LOZANO
<i>Suárez, humanista</i>	A. ANDRADE CRISPINO
<i>Conferencias de Filosofía del Derecho. (Continuación)</i>	H. HOLGUÍN Y CARO
<i>Apuntes sobre Jorge Isaacs</i>	LUIS AGUSTO CUERVO.
<i>Conferencia escolar</i>	MONSEÑOR BAUNARD.

poco menos lo mismo que regresó al amado solar, con el espíritu lleno de estímulos, discretamente allegados, rico de impresiones nuevas, cuidadosamente acogidas, cargado de observaciones y notas, sagazmente ordenadas y perfumado por el aroma del cariño y la gratitud que sus manos de sembrador depositaron en el corazón de sus discípulos. Pues, para seguir con el símil de la parábola, he de anunciar que de los granos de enseñanza que el maestro esparciera en el camino «parte cayó en buena tierra, y dió fruto erguido y abultado, cuál a treinta por uno, cuál a sesenta y cuál a ciento» (1). Invadido de noble orgullo, pudo ver también el maestro que, transplantadas a mejor clima, buena parte de las semillas empiezan a florecer ya.

Sin poder desviar el justo cargo que ha de venir-seme, por encarecer y dilatar mis propios asuntos, le abro un paréntesis a cierta carta, que fruto de lenta meditación y alentadores debates, me hallaba elaborando; porque aparte de que necesita el mérito en estas horas turbias un joven corazón que le descubra y encomie, se acuerdan cabalmente los propósitos de la manida epístola con el ensalzamiento de un par de virtudes que sustentan y acompañan a todo legítimo magisterio.

No se le acomodaría bien el nombre de maestro a don José María Villegas si no poseyera el doble dón de la claridad y sencillez. Empezó a enseñar desde muy joven, en tiempos precarios y en un ambiente de aldea. Y enseñando, ha seguido aprendiendo, poniendo sus ansiedades al nivel de la actualidad de tal manera que rara es la conquista de las más flamantes pedagogías que el maestro Villegas no, haya depurado y

(1) San Marcos. Cap. IV, v. 8.

asimilado, machacándola en el crisol de su larga experiencia.

La vigilancia oficial de la instrucción, el periodismo pedagógico, la enseñanza privada, la enseñanza pública y las faenas ocultas y decisivas del hogar, poco a poco amolaron en él esas facultades inefables, que pudieran llamarse comunicativas, y cuando calculó su filo convenientemente aguzado y brillante, parceló el maestro su heredad y se puso a cultivarla por cuenta propia.

¡Hoy, cuán lozana, crecida y abonada está la sementera!

Mas, poco sería la tarea de enseñar, de sólo atender al grano que se arroja, sin antes abrir los surcos de la voluntad, es decir, todo lo que sugiere la palabra *inculcar*. El maestro Villegas *inculca*. En esta calidad debe distinguirse al profesor del maestro.

Nosotros, hijos del Rosario, que vivimos muy cerca de una «mina» de claridad y tesoro de sencillez, sabemos cómo se *inculca*. No se graba una doctrina con artificioso y complicado buril. No se infunde un precepto sino por conducto diáfano y firme. Cuantos han oído la enseñanza de labios del maestro Villegas, tienen por fuerza que desechar cualquier vano engreimiento de ilustración que intente desarreglar las casillas interiores.

El maestro Villegas instruye con voz apaciguada y en frase llana y precisa porque así se lo aconseja la lectura de los evangelios. Yérguese como para compensar la bajeza de su estatura. Entonces las cuestiones más intrincadas van desatando sus nudos. Trasmítese la unidad del conjunto por cada hilo de la disertación y paso a paso, va llenando de luz las más obtusas entendederas.

El maestro Villegas educa con gesto severo, acentuado a veces por el sarcasmo eficaz; pero es dueño también del buen humor, de cepa castiza, que en páginas cordiales traté de evocar y explicar en otro maestro santafereño. Educa, mostrando en sí los resultados de una laboriosidad tan tenaz que no he visto caso igual de inversión más estricta y rítmica del oro del tiempo. Y educa, haciéndose merecedor del descanso y aplicándole a sanas y bulliciosas expansiones del ánimo que mantienen su organismo siempre dispuesto a la brega; cuidando, en fin, de eslabonar los actos de su vida íntima, de su actividad pública, de su trato con el mundo de suerte que formen un rosario de pulida honradez y de cristiana limpieza.

Tales dotes se me habían hondamente impreso; pero destellan con más inusitada oportunidad los dones esenciales de claridad y sencillez.

En este angustioso trance de la República, se nos ha despertado una súbita nostalgia de vida campesina. Indícase, con acertado empeño, la orientación geórgica como único recurso para rehabilitarnos. El peligro sería mirar al campo con los ojos enturbiados por la atmósfera de café, de tertulia enervante que nos corroe. Apartémonos de quienes hallan en el campo una moda tan artificial y falsa como aquella que atavió de ridículos floripondios la cultura francesa del siglo XVIII. Huyamos del cortesano veraneo que no hace sino profanar la dulzura bucólica trasportando a más amplio y oxigenado salón los frívolos devaneos de la ciudad. Ahora, el ocio griego, mal entendido, agravaría las dolencias de la patria. Cabe mejor la vigorosa disposición latina, condensada en esta fórmula de Virgilio, que mi carta ensaya demostrar: *Nec requies quín aut pomis exuberet annus-aut fetu pecorum*: Antes de que

abunde la estación en frutos y el ganado en crías, no haya descanso.

Urge, pues, en el recinto urbano, prepararnos desde luego con un intenso ejercicio de claridad y sencillez. En la inquieta ciudad de Buga lo estableció el maestro Villegas. Halló colaboración en su propia casa; porque Honorio, su hijo, doctorado en este año claustro con un magnífico estudio sobre temas educativos, aligera un tanto la carga ponderosa. Y del gimnasio provincial acuden los mancebos a los más reputados estadios y allí denodadamente se emplazan para los torneos cuyo galardón es el futuro.

Por lo que a mí toca, le debo al maestro Villegas un discreto amor a la ciencia del lenguaje, mal vista, desdeñada y reclusa por estos trópicos. Quien enseñe la gramática como el maestro Villegas, hace amar tan áspera disciplina. Y es el caso de proclamar la importancia de olvidados estudios, que si exclusivos y mal encaminados, mutilarían el entendimiento, bien dirigidos y combinados con los más urgentes hoy, desarrollan facultades indispensables a la vida intelectual, ayudan en muchos menesteres de la vida social y vigorizan la más completa y sólida tradición que, dígame lo que se quiera, puede reivindicar Colombia.

Aún más, creemos que los ímpetus demoleedores de la juventud, si no corren a ciegas, podían amoldarse fácilmente a la genial empresa de don Andrés Bello. La filosofía del idioma castellano tal como la concibió y expuso el primer maestro del Libertador, es una obra revolucionaria que no ha perdido, en un siglo vertiginoso, su prístina frescura ni su eficacia reconstructiva. Llevó el señor Bello a los predios ariscos de la filología española un ímpetu bravo de renovación juvenil, enfrenada por una sabiduría de la mejor ley.

La Gramática de Bello satisface los ideales de la juventud americana, que habla castellano, bien distintos a mi entender, de cierto nimio y vaporoso hispano-americanismo que a base de melindrosos discursos nos importan de ultramar hidalgos desdeñosos y damas blasonadas.

Quisiera disponer de más espacio en la paciencia de los lectores para reproducir los párrafos sustanciales de un estudio que, con visos de polémica sostenida con otro avezado paladín de la lengua, publicó, en una efímera revista, el maestro Villegas. Tratábase de aclarar la condición de las proposiciones que el gran Bello denomina cuasi-reflejas de tercera y de toda persona.

Este punto de la vaga reflexividad de tales proposiciones, cuya doctrina fijó el señor Bello con criterio rigurosamente científico y en una forma irrefutable, le imprimen a nuestro idioma un sello peculiar y le colocan en un plano de originalidad indiscutible. Para reforzarles y aclararles la doctrina del humanista venezolano a los alumnos del curso de gramática les prestarán tan oportuno auxilio las discretas anotaciones de mi humilde conterráneo que de una vez le pido consentimiento a la Revista para publicarlas en el número de noviembre. Ligeras acotaciones mías, uno que otro refuerzo tomado en el manantial de las lecturas clásicas, acompañan tímidamente la valiosa disertación del maestro Villegas

Cuando el Soñador Paria, en el período de su asendado poder y valimiento, recorrió, en provechosa gira, el occidente colombiano, al detenerse en Buga, sólo hizo dos visitas particulares: a la casa del médico Leonardo Tascón, filólogo paciente, concienzudo historiador, cabeza de una egregia familia y benemérito de la ciudad, y a la casa del maestro Villegas. Del pri-

mero se hace mención muy elogiosa en alguno de los Sueños; el segundo trasladó magistralmente al lienzo los austeros rasgos de aquel «Padre laico de la Iglesia colombiana». El doctor Leonardo Tascón fue el competidor del maestro Villegas en la caballerosa pugna gramatical a que me he referido.

La imagen del anciano maestro Villegas se me aparece ahora en un fondo de selva ribereña. Una sensación de fresca vitalidad, que convida al trabajo metódico, se desprende de su apacible fisonomía. Como emblema de su ejemplar entereza podía figurar en su escudo la augusta ceiba de nuestros potreros. Por eso bajo su nombre, como bajo pórtico sencillo, penetro en este palenque cerrado de la contienda que he propuesto a mis compañeros.

Al proseguir en mi afán—que quizá por hoy no encuentre propicio eco—me acude la reconfortante visión del «Herrero de Aldea», forjada por Longfellow y briosamente vertida por nuestro Caro:

Bajo umbroso castaño arde la forja
Y trabaja el herrero;
Es aquella la fragua de la aldea;
Hombre él, fornido, entero,
Manos disformes, fuerza gigantea,
Musculación de acero.

Negros y enmelenados los cabellos,
Faz cual roble curtida;
Sudor honrado de su pecho llueve,
Y así gana la vida;
Mira a todos al rostro: nada debe
Y nadie le intimida.

Comparten su vivir labor constante,
Tristeza y alegría:
Cada tarde concluye la tarea
Que se impuso aquel día,
Y blando sueño, al descansar, granjea,
Por premio a su porfía.

He ahí, en sobrio símbolo, al maestro Villegas.

ARMANDO ROMERO LOZANO

Septiembre 15 de 1929.

